

175. La moral eterna

Cuando se ha metido en una nación eso del “Estado laico” o el “Estado aconfesional” —o sea, el declararse la nación como tal ajena a la religión, aunque se permita el ejercicio libre de la misma—, surge inmediatamente la cuestión de la educación que hay que dar al niño y al joven en las escuelas sobre la moral.

Por más que no la llaman *moral*, palabra que a muchos les parece demasiado fuerte; sino más bien *ética*, aunque una y otra signifiquen de suyo lo mismo.

¿Qué decir de ello? ¿Se está o no se está acertados cuando no se forma al hombre y a la mujer del mañana en la fe en Dios, sino solamente en unas normas éticas, desposeídas de la fe, que regulen su vida?

Se cuenta muchas veces el caso de aquel librepensador francés y enemigo de la Iglesia, que es sorprendido por un amigo mientras enseñaba el Catecismo a su hijita:

- *¿Cómo? ¿Usted hace eso? ¿El Catecismo en sus manos?*

Y su respuesta ha pasado a multitud de libros y conferencias:

- *Sí; para fundamento de la educación de mi hija no conozco cosa mejor que el Catecismo; no hay doctrina moral que ofrezca más poderosos móviles al hombre que la religión católica (Diderot)*

Cuando se habla actualmente de formación moral o ética se suele prescindir de la fe. Se dan normas sobre la honradez, la sinceridad, el respeto a los demás, la fidelidad a las leyes de la patria, y otros temas semejantes.

Eso está bien, y muy bien. No vamos a hablar aquí contra ello.

Pero, insistimos en la misma pregunta: ¿Hay bastante con eso? Tenemos derecho a pensar que no.

La experiencia nos enseña que basar la formación moral en esas virtudes humanas, tan apreciadas, tan necesarias, tan dignas de alabanza, no es suficiente. Ha de haber un apoyo más sólido, más consistente, más estable. Y ese fundamento no es otro que Dios y su ley inmutable y eterna.

Si no se hace esto de poner a Dios y su ley como la base de todo, por mucha cultura humana que haya, vendrá la degradación sistemática de los pueblos, como lo denunciaba el Papa Pío XI en su famosa carta encíclica contra el nazismo alemán en los días funestos de Hitler:

- *La moralidad del género humano se funda sobre la fe genuina y pura de Dios. Separar la moralidad de la base granítica de la fe, para reconstruirla sobre la arena movediza de normas humanas, conduce, pronto o tarde, a los individuos y a las naciones a la decadencia moral.*

Eso se lo decía el Papa a la Alemania nazista de Hitler.

Y otro testimonio, y de aquellos mismos días.

Nadie podrá decir que Francia no sea una nación culta y avanzadísima en todo. Pues, bien; el entonces Presidente de Francia le decía al Cardenal Arzobispo de París (*Verdier*), viendo la hecatombe moral a la que se estaba abocando esa gran nación:

- *Hay que infundir savia de doctrina católica en el pueblo francés. Monseñor, necesitamos dar una inyección moral a este pobre pueblo nuestro*

Entonces, ¿qué nos toca a nosotros, creyentes católicos? ¿Podemos ceder ante muchas costumbres modernas que se nos quieren imponer sobre la educación, tanto de los niños y jóvenes, como sobre la formación de los adultos?

Nuestra opción es y será siempre la misma: Dios, ante todo.

Creemos en Dios, y creemos en su Ley.

Creemos en las virtudes humanas, las apreciamos y las queremos cultivar en nosotros mismos.

Queremos que esas virtudes humanas se enseñen en las escuelas a nuestros niños y muchachos.

Pero queremos, ante todo, que a nuestros hijos no se les prive de la formación moral basada en la fe en Dios y aprendida en el Catecismo de la Iglesia.

Y si ese Catecismo, si esa doctrina moral, no se enseñan en las escuelas, nosotros se los procuraremos a los nuestros en el seno del hogar, en la parroquia, en una escuela o colegio católicos.

Es cierto que todos llevamos dentro, grabados en la conciencia, los principios inmutables de la ley eterna de Dios. Apenas hacemos la entrada en la vida con el despertarse de la razón, empezamos a distinguir entre el bien y el mal. Desde pequeños, sabemos optar con libertad según el dictamen de la conciencia, la cual nos aplaude unas veces y otras nos grita furiosa: *¡No, eso no!...* ¿Quién es el autor de esa maravilla? Sólo Dios, que nos llama, nos dirige, nos avisa, nos estimula, y nos ayuda poderosamente.

Pero el mismo Dios quiere que esa conciencia y esas lecciones íntimas tuyas se vayan completando y perfeccionando con el conocimiento que nos proporciona la Iglesia, depositaria de la doctrina revelada por Jesucristo, el cual nos enseñó la Verdad y nos señaló el Camino que nos lleva a la Vida...

El respeto a la libertad de la conciencia de los demás es la razón que se ha dado para suprimir la enseñanza de la religión en los centros docentes de los Estados, de modo que esa enseñanza ha quedado como privativa de los colegios católicos. Pero las consecuencias de esta decisión no siempre han sido muy halagüeñas. A la vista de todos está que para evitar los robos, los crímenes, la inmoralidad precoz de los muchachos, y todos los males sociales, no hay más remedio que volver a la fe en Dios, el cual nos dicta las normas inmutables que llevan a la sociedad a su bienestar y a las almas a su salvación.

Dios no estorba en la vida. Al revés, donde está Dios hay cumplida felicidad. La formación moral es la disposición mejor para meternos en la vida. Y enseñar la moral cristiana —así, la cristiana—, es la mejor aportación que brindamos nosotros para crear ese mundo nuevo en el que todos soñamos.